

sumision, mientras que sigo habitando sobre el suelo en que me permite respirar. Deseo al mismo tiempo mil prosperidades, porque eso es lo que sobre todas las cosas deseo para mi patria. Los ministros que componen ese gobierno son hombres de honor, y alguno de ellos de talento. El jefe del Estado es acreedor á todo respeto, pues á nadie ha hecho mal, ni ha

derramado una gota de sangre. Es superior á todo ataque: respeta la fe jurada sobre altares que no eran los suyos; es digno y régio, mas eso no cambia la naturaleza de los hechos. No puedo servir al gobierno que existe porque en mi concepto no puede llegar al orden sino oprimiendo la libertad, y si se empeña en sostenerla será fácil que caiga en la anarquía.



CABREROS ROMANOS JUGANDO A PARES O NONES.

A pesar de eso yo me contemplaré muy feliz en que mis previsiones sean desmentidas por el tiempo. En Francia no puede menos de echarse de ver algo de cansancio que puede contribuir al reposo. La incertidumbre del porvenir es tan grande; tan poco conocido el horizonte donde brillará la luz; hay tal costumbre desde hace cuarenta años de cambiar gobiernos, y de amoldarse tan fácilmente á todo y á nada; es tan

enorme el temor de retroceder á los crímenes y calamidades de la revolucion, que acaso el nuevo gobierno podrá marchar mejor que lo que pienso y con toda la felicidad que yo deseo. Tal vez llegará á reunirse una cámara que en nombre de una monarquía de poco poder establecerá una república de circunstancias que tendrá tino para amalgamar la libertad con el orden: tal vez aparecerá algun genio capaz de dominar la si-

tuacion y tal vez todo quedará perfectamente arreglado por algun secreto recurso de la Providencia, ó por algun imprevisto incidente. Lo que importa es que la Francia sea libre, gloriosa y feliz, no reparemos en cómo ni por quién le será dada la felicidad.

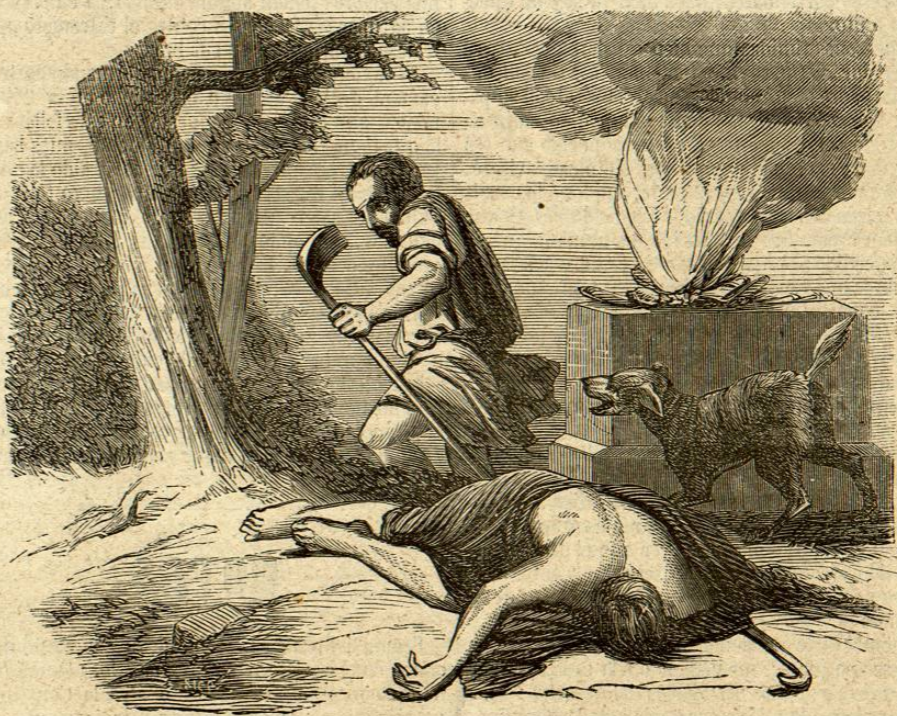
De lo dicho se deducen las razones que me han impedido reconocer la monarquía electiva, y aun son mas fáciles de comprender los motivos personales que me han determinado á obrar de ese modo. No he querido ponerme en contradiccion conmigo mismo, armar mi larga existencia pasada contra el breve plazo que aun me resta de vida, avergonzarme á cada palabra que salga de mi boca, ni humillar mi cabeza al volver á leer mis escritos anteriores. Las jornadas de julio me han despojado de todo, de todo menos del aprecio del público que es lo que yo he tratado de conservar con mas afán.

Si la proposicion que destierra para siempre del

territorio francés á la familia destronada es un corolario del destronamiento de esa familia, esta necesidad hace nacer para mi otra en sentido inverso y es la de separarme mas que nunca de la nueva situacion, y hacer constar públicamente esta separacion. En vano por otra parte trataria yo de buscar mi puesto entre los hombres que se han adherido al actual orden de cosas.

Hay ciertos hombres que por el convencimiento propio de sus virtudes y talento han debido seguir sirviendo á su patria cuando no les ha parecido ya posible sostener la forma de gobierno que preferian entre todas las demás: yo admiro á esos hombres; pero sus elevadas razones nada tienen que ver ni con mi debilidad ni con mi insuficiencia.

Hay hombres que han votado el destronamiento de Carlos y sus descendientes por deber y en la firme conviccion de que nada mejor podia hacerse en obse-



TE UNES CON TU REBAÑO.

quió de la patria: han hecho bien, si así se lo aconsejaba su conciencia: yo no pienso de ese modo y por consiguiente no he debido imitar su ejemplo.

Hay hombres que no pueden ni interrumpir su carrera, ni comprometer sus intereses de familia ni privar al país de sus luces porque haya habido un gobierno que cometiera locuras: esos hombres han obrado bien al adherirse al nuevo poder. Si todas las veces que cae algun soberano tuvieran que acompañarle en su caída todos los grandes y pequeños funcionarios, es cosa segura que en tal caso no habria sociedad posible. El soberano debe cumplir su palabra, y cuando falta á ella todos los ciudadanos están dispensados de cumplir las que le dieron. Los antecedentes de mi vida no me permitian sin embargo seguir esta regla general y tuve que acomodarme á seguir la excepcion.

Hay hombres que detestan la dinastía de los Borbones y han jurado su destierro; yo creo que ya es tiem-

po de no volverse á hablar de proscripciones ni destierros. He hecho como ministro y como embajador cuantos servicios he podido á la familia de Bonaparte; puede desmentirme si no es cierto lo que digo; no depende de mí ciertamente el que no se le haya dado permiso de volver á Francia y hasta de que la estatua de Napoleon no haya sido colocada en lo alto de su columna. Así es como yo comprendia la monarquía legitima en toda su latitud, y me parecia que la estatua de la libertad debia estar colocada enfrente de la de la gloria.

Hay hombres que creyendo en la soberanía del pueblo han querido hacer triunfar ese rancio principio de la antigua escuela política: yo no creo en la soberanía de derecho divino; pero tampoco creo en la del pueblo. Yo puedo vivir, y muy espontáneamente sin estar á aquel rey; pero tampoco me reconozco con derecho de obligar á nadie á reconocer el rey que yo habria

elegido. Monarca por monarca Enrique de Bearne me parecía preferible para el orden y libertad de la nación. He dado, pues, mi voto á Enrique V, así como el vecino de mi derecha ha podido votar por Luis Felipe I, el de mi izquierda por Napoleón II, y el de enfrente por la república.

Hay hombres que después de haber prestado juramento á la república una é indivisible, al directorio en sus cinco personas, al consulado en sus tres miembros, al imperio, á la primera restauración, al acta adicional, á las constituciones del imperio y á la segunda restauración, aun tienen algo que prestar á Luis Felipe: yo no soy tan rico.

Hay hombres que han arrojado su palabra sobre la plaza de Greve en julio, como los cabreros romanos que juegan á pares ó nones entre las ruinas. Esos hombres no han visto en la última revolución mas que un lance de fortuna; con tal que dure lo suficiente para que puedan utilizarlo en su provecho. Lo demás nada les importa. Esos tales acostumbran tratar de imbécil y de tonto á quien no acomoda la política á sus intereses particulares; pues bien yo soy un imbécil y un tonto.

Hay personas tímidas que bien quisieran escusarse de haber jurado; pero que temiendo ser degollados ellos, sus padres, sus abuelos, sus nietos y toda su parentela, han tartamudeado como han podido su juramento: afortunadamente yo no he conocido aun esa enfermedad; si noto alguno de sus síntomas, avisaré.

Hay grandes señores del imperio, unidos á los sueldos que gozan con lazos sagrados é indisolubles, y que nunca han creído fijar la atención en la mano que se los ha concedido; porque un sueldo es para semejantes hombres una especie de sacramento que imprime carácter como el sacerdocio y el matrimonio: una persona que disfruta una pensión no puede dejar de disfrutarla. Yo hace mucho tiempo que estoy divorciado con la fortuna, y como ya soy viejo trato de repudiarla públicamente, antes que ella me deje del todo.

Hay eminentes barones del trono y del altar que no han cometido la menor traición contra las reales órdenes: ¡no! pero la insuficiencia de medios empleados para poner en ejecución esas reales órdenes han irritado su bilis: indignados de ver que el despotismo ha cometido errores han ido á buscar otras antecámaras. No me es posible participar de su indignación ni de su nueva morada.

Hay hombres de conciencia que no son perjuros mas que por ser perjuros; que cediendo á la fuerza, no por eso dejan de ser menos partidarios del derecho: esos hombres se lamentan de la suerte de aquel pobre Carlos X, á quien por de pronto arrastraron á la ruina por medio de sus consejos, y luego á la perdición por sus juramentos; pero si en algún tiempo volviera ese monarca ó su raza á resucitar esos hombres serian unos verdaderos rayos de la legitimidad. Yo he tenido siempre simpatías con la desgracia; yo seguiré el convoy fúnebre de la antigua monarquía como el perro sigue al féretro del pobre.

Por último hay leales caballeros que llevan constantemente en su bolsillo dispensas de honor y permisos de infidelidad: yo carezco de semejantes autorizaciones.

Yo era el hombre de la restauración posible, de la restauración con toda especie de libertades. Esa restauración me tomó por enemigo: se arruinó, mas yo debo sufrir su destino. ¿Iré yo á dejar pendientes de una nueva fortuna los pocos años que me quedan como esas largas colas de ciertos vestidos femeninos tan expuestos á ser pisados por todo el mundo? Si me colocaba al frente de las nuevas generaciones, sería sospechoso; detrás de estas no hay puesto decoroso para mí. Bien conozco que ninguna de mis facultades ha nvejecido: comprendo mejor que nunca el espíritu

de mi siglo, y penetro mas atrevidamente que nadie en el porvenir; pero la necesidad ha pronunciado ya su fallo el hombre público debe necesariamente tratar de concluir su vida de un modo decoroso.

Antes de dar fin á este escrito debo prevenir un error que podría nacer en ciertos ánimos por lo relativo á cuanto acabo de decir.

Dícese que los supuestos realistas no aspiran á mas que á ver la Francia atacada por la Europa. Pues entiendase que el día que la Francia se viese invadida ese seria el momento en que me creeria obligado á dar un nuevo rumbo á mis deberes. Soy incapaz de engañar á nadie! Tan leal seré á mi patria, como á los juramentos que he prestado. Realistas, si es que hay alguno de vosotros que se cree autorizado con mi voto para apelar á las bayonetas extranjeras, acabaos de desengañar acerca de mis opiniones: volved á inflamar vuestro odio y vuestras calumnias contra mí; consideradme como un renegado: un abismo sin límites nos separa. Hoy sacrificaría gustosamente mi vida en obsequio del hijo del infortunio; mañana, si mis palabras tenían alguna eficacia, la emplearía toda en agrupar los franceses contra el extranjero que nos trajese á Enrique V en sus brazos.

Si tuviera el honor de seguir formando parte de la cámara de los Pares, habria dicho en la tribuna lo mismo que acabo de manifestar en este folleto, salvo lo que tiene relación con el juramento, pues bajo este punto de vista mi posición no habria sido la misma.

Acaso mi voz será ya importuna; pero toleréla si quiera por ser la última vez que resuena en asuntos políticos, siguiendo las cosas en la misma situación que hoy ocupan. Dispuesto ya á ir á esperar la muerte sobre tierra extranjera, quisiera ser el único francés á quien le hubiera cabido la triste suerte del destierro; quisiera que la proposición de destierro no hubiese sido aprobada, y doy publicidad á mi opinión por salvar ciertas cabezas amenazadas de esa calamidad. En agosto pedía una corona para el duque de Burdeos: hoy no pido en obsequio suyo mas que la esperanza de una tumba en su patria: ¿será demasiado?

NOTAS.

Séame lícito hablar de mí mismo, supuesto que me ponen en el caso de tener que hacerlo. ¿Quién ha defendido mas acérrimamente que yo la Constitución? ¿Quién se ha manifestado mas enérgicamente opuesto que yo (1) á la dominación extranjera?

En mi Informe sobre la situación de Francia, presentado al rey en su consejo de Gante el 12 de mayo de 1815, dije:

«Demasiado comprendo, señor, cuán aflitivo habré sido para vuestro corazón todo lo que acabo de decir. Nosotros participamos en estos momentos de vuestra real tristeza. No hay uno entre vuestros ministros y consejeros que no diera su vida para impedir que se realizara la invasión de la Francia. Señor, sois francés, y nosotros tambien nos preciamos de serlo. Sensibles al honor de nuestra patria, celosos de la gloria de nuestras armas, admiradores del valor de nuestros soldados, quisiéramos derramar en medio de sus batallones hasta la última gota de nuestra sangre para atraerlos á su deber, ó para partir con ellos triunfos que fuesen legítimos. No podemos ver sin el mas profundo dolor los males que se

(1) Véanse las Reflexiones políticas y la Monarquía con arreglo á la constitución. Hasta en el Genio del cristianismo he hablado con admiración del gobierno representativo.

preparan nuevamente á caer sobre nuestra patria; ni podemos disimularnos que la Francia se halla en el mas inminente peligro. Dios ha vuelto á empuñar el azote que vuestras paternales manos habian dejado caer al suelo: es de temer que el rigor de su justicia no exceda la grandeza de vuestra misericordia. ¡Ah! ¡Señor! á la voz de V. M. los extranjeros respetando al descendiente de los reyes, al heredero de la buena fe de San Luis y de Luis XII, desocuparon la Francia! Pero si los facciosos que oprimen hoy á vuestros vasallos prolongasen su tiranía, ó si vuestros vasallos demasiado oprimidos no hicieran por su parte ningun esfuerzo para redimirse, vos mismo no seréis siempre dueño de suspender las calamidades que trae en pos de sí la presencia de los ejércitos. Afortunadamente vuestra régia solicitud se ha asegurado ya por medio de tratados de que se respetará la integridad del territorio francés, y que no se hará la guerra mas que á un solo hombre.»

En 2 de junio del mismo año con motivo de la declaración del congreso dije hallándome en Gante:

«Es imposible conquistar la Francia. Los españoles, los portugueses, los rusos, los prusianos y los alemanes lo han demostrado, y los franceses lo demostrarán á su vez que no es posible subyugar á un pueblo que combate por su nombre y por su independencia.»

Si se echa de ver que estos pasajes habian sido escritos y publicados en medio del ejército confederado habrá motivo de dar mas valor á las opiniones que manifiestan.

En agosto de 1816 al tratar de la política exterior en la monarquía con arreglo á la Constitución dije:

«¿Quién se habria nunca imaginado que hubiera franceses que para conservar sus miserables empleos, para hacer triunfar los principios de la revolución y para causar la ruina de la legitimidad, llegarían al extremo de apoyarse en autoridades extranjeras, y hasta amenazar á los que no piensan como ellos con fuerzas que gracias al cielo, no están en su mano?»

«Pero vosotros que con los ojos radiantes de alegría nos asegurais que los extranjeros quieren nuestros sistemas políticos (lo cual estoy muy distante de creer, vosotros que al parecer poneis vuestras nobles opiniones bajo la protección de las bayonetas extranjeras ¿no sois los que echábais en cara á los realistas el haber vuelto en los bagajes de los aliados?...»

«¿Qué es de aquellos heroicos sentimientos? Franceses tan altivos, tan sensibles al honor ¿sois vosotros los que tratáis de persuadirme que os permito tener estas ó aquellas opiniones, y que os mandan seguir este ó aquel sistema? ¿Cómo no os mató la vergüenza al proclamar en una sesión, que cierto embajador queria absolutamente que se aprobara el proyecto del ministerio, y la proposición de las Cámaras fuera desechada? ¿Queréis que os crea cuando me decís (lo cual no pasa de ser una insignificante lumina) que un ministro francés ha estado conferenciando tres horas con un embajador extranjero para discutir un medio de disolver la cámara de los Diputados? Asegurais confiadamente que se ha comunicado cierta orden á un agente diplomático y que ha sido muy de la aprobación de este. ¿Quién de nosotros merece mejor el nombre de francés? Vosotros que me habláis de extranjeros cuando os hablo de leyes de mi patria, ó yo, que he dicho á la cámara de los Pares las siguientes palabras: Debo sin duda á la sangre francesa que corre por mis venas esta inquietud que sufro, cuando para determinar mi voto se me habla de opiniones que no son las de mi patria: téngase entendido que si la Europa civilizada quisiera imponerme la Constitución, me iría á vivir á Constantinopla.....»

«¿Cómo los malos franceses que tratan de sostener su opinión por tan villanos medios no echan de ver que obran directamente contra su propio objeto! ¿Qué poco conocimiento tienen del espíritu de la nación! Si fuese cierto que habia peligro en profesar las ideas realistas, veriais que toda la Francia corria presurosa á abrazarlas por ese mismo motivo. Un francés se coloca siempre al lado del peligro, porque está convencido de que allí únicamente es donde se encuentra la gloria.»

«No se adquiere respeto poniéndose sumisamente á los pies de un dueño: ni en un noble proceder puede haber nunca peligro. Cumplid religiosamente vuestros tratados; pagad lo que debeis: dad si es preciso vuestra última moneda, vended vuestra última porción de tierra, el último despejo de vuestros hijos para pagar las deudas del Estado, y por lo demás obrad como os dé la gana; os quedareis desnudos; pero sereis libres. Disipad vanaos temores: los soberanos de Europa son demasiado magnánimos para intervenir en los asuntos particulares de Francia.»

«Los mismos aliados han librado á sus propios países del yugo de los franceses: saben muy bien que las naciones deben gozar de esa independencia, que puede arrancárseles por un momento; pero que por último necesariamente tienen que volver á conquistar: Spoliatis arma supersunt.»

En la tribuna de la cámara de los Pares he pronunciado (2 de marzo del presente) estas palabras sacadas de mi Opinión sobre el proyecto de ley relativo al modo de reemplazar el ejército.

«Sin duda cualquiera que tenga una gota de sangre francesa en sus venas debe desear con todo el afán de su alma, debe estar pronto á comprar por medio de cuantos sacrificios le sean posibles la redención de su país: nuestros corazones palpitarán de alegría cuando veamos ondear la bandera blanca sobre las almenas de todas las ciudades de Francia. Mas aun al vernos en posesión de los bienes mas preciosos para un pueblo, de un bien sin el cual no hay felicidad posible para la dignidad de nuestra independencia, aun entonces tendremos que aplicar nuestra atención á curar las heridas que un sofístico sistema nos ha causado.»

No es posible hacer de modo que el lector esté al corriente de todas las prevaricaciones y necesidades de la censura. Cierta periódico al anunciar las obras de Mr. Desaugieres habia dicho que era el mas festivo y espiritual de los cancioneros: la censura borró esta frase, ¿por qué? Porque uno de los censores se precia de cultivar ese mismo género de literatura.

Otro periódico citó una mala estrofa del mismo censor, y al momento se suprimió la estrofa y el periódico tuvo que salir á luz sin ella y sin poder dejar blanco.

Un antiguo artículo de cierto censor que en otros tiempos habia hecho oposicion al ministerio se habia quedado olvidado entre los papeles de la redacción de un periódico independiente: no faltó quien maliciosamente se lo presentara á la censura actual: el padre conoció al momento á su hijo y lo degolló con sus tijeras. La censura puede jactarse de tener un Guzman el Bueno, y un Junio Bruto.

Mr. Carlos Dupin habia dirigido á un excelente periódico literario un artículo que posteriormente se ha impreso por separado con el epígrafe de Homenaje á los habitantes de la Francia meridional. Este artículo fue enteramente suprimido sin que pueda achacarse la razon de haber obrado asi la censura á otro motivo que al haber Mr. Dupin invitado á los habitantes del Mediodía de la Francia á aprender á leer, y al haber citado sin oportunidad dos pares de Francia. Esa es una muestra de las necesidades de la censura